

Libros

14

LA MAGIA
DE LOS REYES GODOSLOS VISIGODOS
DE LOS ROMÁNTICOS

MIGUEL CORTÉS ARRESE

Los Libros de la Catarata

Madrid, 2012

192 páginas, 17 euros

★★★★★

El Romanticismo se encariñó con la Edad Media. Si el pensamiento neoclásico descubrió sus orígenes y su razón de ser en la antigüedad grecorromana, la *Weltanschauung* romántica buscó en los siglos medios un espejo donde mirarse y encontrarse bonita. Era un Medievo idealizado, donde los héroes brotaban como setas de la Historia (así, con mayúscula), encarnando un haz de virtudes que incluía la libertad, la cortesía y el coraje a mayor gloria de una imaginación desbordada.

Si nos circunscribimos a España, tan necesitada en la centuria decimonónica como ahora de escapismos de toda índole ante la amenazadora realidad circundante, la Edad Media suponía para nuestros románticos una atalaya mítica desde donde aspirar a pleno pulmón el inimitable perfume de la fantasía, sin trabas ni tapujos de ninguna índole. Ya fe que frecuentaron esa atalaya, empezando, como es natural, por el principio, o sea, por la monarquía visigótica que, entre los siglos V y la invasión musulmana a comienzos del siglo VIII, señoreó la Península Ibérica, constituyendo el primer reino hispánico que conocemos.

De Recaredo...

Miguel Cortés Arrese, catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha y uno de nuestros bizantinólogos más ilustres, había publicado ya (Los Libros de la Catarata, 2011) un sugestivo ensayo titulado *Las órdenes militares y los románticos*, y ha continuado por la misma senda metodológica dando a las prensas otra monografía, acribillada al mismo tiempo de amenidad y de erudición, en el que analiza la legendaria época goda a través de las invenciones y representaciones que

de ella ofrecen los escritores y artistas románticos españoles, atendiendo también a los motivos que los llevaron a recrearla. Este nuevo trabajo de Cortés, pulcramente editado por Catarata, incluye una presentación, tres capítulos y un apéndice.

En el primer capítulo, el autor se interesa por las imágenes que dieron forma a la unión de la monarquía y la Iglesia -con la conversión al catolicismo, en 589 y en el curso del III Concilio de Toledo, del rey Recaredo, hijo de Leovigildo-, por el desarrollo del estilo latino-bizantino y por la confluencia entre escritores (el duque de Rivas, Zorrilla, Gertrudis Gómez de Avellaneda) y pintores (Martí y Monsó, Muñoz Degraín, Juan Antonio Ribera y su hijo Carlos Luis, Federico de Madrazo).

...a don Rodrigo

El segundo se centra en los retratos de los reyes godos y las series de los reyes españoles, y en el tercero se desglosa el mito que gira en torno a Florinda la Cava y al último rey godo, don Rodrigo, vencido por los musulmanes en la batalla de Guadalete, punto final del floreciente reino de Toledo. El apéndice ofrece una serie de textos sobre la percepción que sabios y curiosos tuvieron de los palacios, iglesias, torreones, tumbas y tesoros visigodos, y un cuadernillo de ilustraciones en blanco y negro que nos dan una muestra suficiente de la iconografía romántica al respecto.

Desde hace muchos años no se estudia en la aulas la lista de los reyes godos, tan denostada por los pedagogos modernos. Pero las borrosas siluetas kitsch de esos monarcas siguen alimentando hoy como ayer nuestras ensoñaciones más delirantes.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

UNA VIDA
TRÁGICA

EL TRANVÍA EXTRAVIADO

NIKOLAI GUMILIOV

Selección, traducción y prólogo de José Mateo y Xènia Dyakonova
Líneo. Orense, 2012
197 páginas, 17 euros

★★★★★

Desde que los griegos usaron los nombres de determinados metales para describir distintas etapas de su cronología real o inventada, todas las historias literarias han seguido este mismo sistema de metafórica denominación: en el caso de España, se habla de un «Siglo de Oro», cuya acuñación analizó Juan Manuel Rozas, y de una «Edad de Plata», término puesto en boga por José-Carlos Mainer.

Los historiógrafos de la literatura rusa emplean también términos parecidos a los nuestros y hablan de una «Edad de Oro», para referirse a la época de Pushkin, y de una «Edad de Plata», para aludir a la que se extiende desde el simbolismo hasta las vanguardias, dentro de las cuales el *acmeísmo* no fue un movimiento menor.

Profunda escisión

Desde la publicación de *Los doce*, el poema de Blok que supuso el acta de defunción del simbolismo, se produjo dentro del seno mismo de este una profunda escisión, encabezada por el manifiesto de Gumiliov y de Gorodetski, al que pronto se adhirieron Anna Ajmátova, Mijail Kuzmin y Ósip Mandelstam. El término, tomado de una de las palabras clave de Tucídides -pues no en vano casi todos sus miembros

habían sido alumnos del poeta y filólogo clásico Innokenti Ánneski- daba cuenta de lo que pretendían: superar los límites y el carácter vago del simbolismo e introducir un canto en «alabanza del mundo viviente», entroncando con lo mejor de la tradición occidental. Por eso centraron su interés en lo que uno de los textos teóricos de Gumiliov, publicado en 1913, llamó «la anatomía del poema».

Sangrientas garras

Su trágica vida -nacido en 1886, murió fusilado en 1921, sin que la intervención de Gorki pudiera ablandar a Lenin- resume en cierto modo la de todos los miembros de su movimiento, que, antes o después, cayeron bajo las sangrientas garras de la Revolución Rusa, primero, y de Stalin, después. Casado con Anna Ajmátova, su matrimonio no duró mucho tiempo: arrogante y cosmopolita, Gumiliov no se pudo adaptar a unas circunstancias que lo constreñían y contra las que él, haciendo alarde de su estética decadente, se rebeló. Muchos de sus poemas son, en este sentido, premonitores. Reivindicado en 1992, su obra, que, desde 1923, se había editado solo fuera de Rusia, ha vuelto ahora a publicarse allí y a alcanzar el reconocimiento

que la barbarie soviética le negó durante décadas.

José Mateo y Xènia Dyakonova ofrecen una cuidadosísima versión, en la

GUMILIOV MURIÓ
FUSILADO EN 1921,
SIN QUE LA
INTERVENCIÓN
DE GORKI
ABLANDARA
A LENIN



AMOR FUGAZ
Nikolái Gumiliov
(sobre estas líneas)
estuvo casado con
la poeta Anna
Ajmátova (en la
imagen superior,
retratada por
Nathan Altman).
El suyo fue un
matrimonio que no
duró mucho tiempo